

MEDITACIÓN AL CRISTO DE LA CARIDAD

Manuel Román Silva

**Parroquia de San Andrés
Sevilla, 21 marzo 2015**

- **PRIMER ENCUENTRO**

- *La mano de mi padre*

Ya había caído la noche y te adiviné entre una impresionante nube de incienso. Era después de haber sentido cómo todo un cortejo de altos capirotos negros y cera azul, abigarraba la estrecha calle en la que Tú, como único sentido de todo lo que pasaba, teñías con tu muerte. O, quizás, con tu vida.

No hacía frío, porque el calor lo ponías Tú. No había sonidos, porque era Tu voz la que hablaba. No había miradas perdidas, porque todas se concentraban en Ti. Pero algo había que, entonces, aquel niño no lograba entender, quizás distraído en ese bello desorden de los blancos roquetes de los monaguillos; en los ropones negros de los acólitos; o en el dorado del imponente canasto, que se me aproximaba como si estuviéramos solos en aquella calle.

Apresurado era el andar de los que te llevaban: no querían que cayera aún más la noche para dejar Tu cuerpo reposando en un sepulcro, que en tu infinita humildad ni tuyo era. Iba a ser el lugar en el que quedarás para siempre, donde muchos creían que tu vida reposaría para la eternidad. Donde muchos también, enterrarían la incipiente fe que te profesaron. Donde la historia de la salvación moriría con tu cuerpo.

¿Para siempre?

La imagen de Nicodemo se agigantaba cuanto más cercana era Tu presencia. Aquel hombre valiente, de recia figura, poblada barba y cansinos ojos de dolor, encabezaba el cortejo que buscaba la plaza recoleta donde depositarían Tu cuerpo, mientras, una campana tañería, a buen seguro, tu llegada y el consiguiente luto del instante. Junto al de Arimatea, otros hombres y mujeres de bien, completaban el escaso cortejo a tu sepulcro.

¡Qué paradoja, Señor, siendo Rey del Mundo y qué pocos te acompañaban en tu último y doloroso trance! Porque casi todos estaban convencidos que sería el último, menos Tu Madre, ojos cansados de llorar sus **Penas**, que sabía que lo prometido iba a cumplirse y que, en poco tiempo, Tú estarías de nuevo entre nosotros.

Allí, en aquella calle, en aquel rincón, estaba yo, sintiendo tu presencia. Como si sólo estuviéramos Tú y yo, en un imperfecto lenguaje de muerte, que no acertaba a entender. Sólo eran mis ojos de niño los que captaban lo que veía. Hablaba el corazón, pero sólo eran mis oídos quienes mal oían tu mensaje. Cosa de niños. Ya habría tiempo de aprender más.

“Mírale”, me ordenó con dulzura la voz de mi padre, mientras yo me asía a su mano.

Era un niño, en la seguridad de mi asidero. Una mano recia y una voz segura fueron las que me enseñaron a mirarte. Una mano que conocía bien y que todavía hoy encuentro en el tacto de otras.

La mano de mi padre.

Una mano receptiva, cálida. La mano de la seguridad del niño, la mano del cariño del padre. La mano que, en su calor y con una sola palabra, me enseñó a descubrirte y mirarte de otra forma, en aquella noche y en aquella calle. Para siempre.

“Mírale”.

Han pasado los años y te sigo descubriendo, **Señor de la Caridad**. Tanto andar de los días para encontrar, en la misma calle, en el mismo momento, ese otro diálogo distinto, que en aquella lejana noche sembraste en mí y que entonces no supe entender. Lo que era diálogo de muerte, ahora es y para siempre, el diálogo de la vida.

“Mírale”, resuena en mis oídos.

Y busco el calor de la mano de mi padre.

Hoy, al cabo de los años, sigo encontrándote a solas, con la impericia de aquel niño que se asía a la mano de un hombre que ya no tengo, pero que me hizo ganar las tuyas. Hoy son Tus manos, Señor, el bálsamo perfecto a las que me uno. A Tus manos, las manos del amor, de la fraternidad, de la solidaridad, de la cohesión entre Dios y el hombre. Sin la mano de mi padre, pero con la seguridad de que ahora son Tus manos el asidero de mi vida.

“Mírale”, decía mi padre.

“Mírame”, me dices ahora.

Sea así, **Dios de la Caridad**. Tiende tus manos inertes y a la vez vivas. Tiende tus manos suspendidas en el aire hacia mí y los míos. Tiende tus manos para ver tu vida, no tu muerte. Tiende tus manos y hazme recordar aquella que me enseñó a verte con una sólo palabra y el calor de su piel: “Mírale”.

Señor de la Caridad, ante Ti estoy, sin más patrimonio que aquel que heredé de quien me enseñó a mirarte en el diálogo de la noche de mi infancia, ese que nunca fue diálogo de muerte, sino diálogo de vida. Y eso mi padre, lo sabía bien, alumno como fue de la Buena Muerte convertida después en buena vida.

La mano de mi padre.

• *Agradecimientos*

Venir hasta aquí para hablarte tan directamente es algo que no tendré tiempo suficiente para agradecer a la Junta de Gobierno de esta Hermandad. Gracias, mi estimado Isidro y hazlas llegar a los que confiaron en mí, por regalarme este momento, en el que ninguno estáis, porque me siento a solas y a la vez reconfortado en la presencia de nuestro **Señor de la Caridad**.

Gracias a la Hermandad, por mostrarme cada año, en un lugar cualquiera la Caridad que a todos nos debe impulsar.

Gracias por traerme hasta aquí, tan a Su lado. Ante la invitación, que me hicisteis no supe responder de inmediato: era mucha la responsabilidad, mucha mi osadía y poco el bagaje para sentarme a solas contigo. Pasaron, en décimas de segundo por mi mente, una rápida secuencia de imágenes vividas con Él y con vosotros, hermanos de Santa Marta, que hicieron decantar mi aceptación.

Han sido muchas las vivencias que he tenido con hermanos de esta Hermandad, alguno ya no se encuentra entre nosotros: se marchó hace algunos años tras un prematuro final, para estar en la presencia del Padre, cuando dedicaba parte de su tiempo a servir a nuestras Hermandades y Cofradías. Otros se encuentran presentes hoy aquí, amigos que vivimos experiencias comunes en nuestras Hermandades y Cofradías y que me permitieron acercarme a Ti para conocerte mejor. Viví, de esta forma, Contigo y con ellos, momentos inolvidables en esta para mí ejemplar Hermandad, donde se palpa y se vive mucha autenticidad, mucha verdad.

Igualmente he sido testigo de algunas meditaciones que han sido auténticas catequesis: palabras escritas desde la fe, desde la vivencia con la Hermandad, desde la práctica diaria de una caridad ejercida y comprometida y también la de otros, que desde un lugar alejado de nuestra fe, realizaron ante tu imagen una confesión sincera.

Soy consciente de mis limitaciones, **Señor de la Caridad**. Me hubiera gustado postrarme ante Ti con las alforjas vacías, sin ningún papel que conduzca mi meditación, prescindiendo de ellos para manifestarte lo que siento y sobre todo lo que me hace sentir el estar a solas en tu presencia. Sin embargo, he optado, Señor, por la lectura sincera de estos folios, folios que son el resultado de una reflexión que comenzó conscientemente la misma fecha de tu Natividad, para, paso a paso, día a día, empaparme de Ti y ser capaz de entender el significado de tu vida entre nosotros.

Vengo, **Señor de la Caridad**, de una collación de Sevilla muy próxima a esta de San Andrés. De una hermandad que entronca sus orígenes en una antigua advocación, con la devoción viva a un Cristo que ofrece **Salud y Buen Viaje** a los que devotamente se acercan a su ventana, la única ventana en el mundo en la que se mira hacia adentro y no hacia afuera. Porque, precisamente, dentro está la vida.

Una hermandad en la que por primera vez salieron los que hoy te acompañan cada Lunes Santo. Porque no he de olvidar que vuestros orígenes se unen irremediabilmente al barrio que me vio nacer y a la Hermandad que me forjó como cofrade.

Allí aprendí a quererte, Señor. Allí encontré la fe de los que agarran con sus manos el frío hierro de la ventana y centran su mirada y sus pensamientos a través de un cristal, para de forma pública y sincera entablar contigo el diálogo más sincero que pueda establecerse entre dos personas.

Tu carne maltratada, **Señor de la Caridad**, ya la conozco. Tu corazón, malherido y humillado, lo veo en las cinco lágrimas de mi **Señor del Buen Viaje**. Y en Tu rostro de Martes Santo adivino Tu muerte de Lunes. Pero en ambos también encuentro y descubro la esperanza de resurrección y vida.

Señor de la Caridad, abre ahora la ventana de mi corazón y dame el valor para hablarte cara a cara, como lo hago en silencio allá por la antigua Puerta de Carmona al verte burlado y maltratado. Así ahora no a los barrotes de una reja, sino a tus manos en la corta distancia que me separa. Como si estuviéramos los dos solos.

Y en el recuerdo permanente a la mano de mi padre.

- ***Dios es amor. La Eucaristía, símbolo de amor.***

Benedicto XVI, en su encíclica “*Deus caritas est*”,¹ Dios es amor, incide en la importancia de la Eucaristía y el amor al prójimo como vía ineludible para amar a Dios.

Es precisamente en la Eucaristía, tomando Tu Cuerpo y bebiendo Tu Sangre, cuando más unidos nos sentimos a Ti, pero también donde más nos sentimos unidos a todos los que con nosotros lo hacen.

Esta es la importancia de la comunión, en ese momento el amor de Dios y el amor al prójimo se encuentran realmente unidos. Es el momento en el que confluyen el amor al ser amado y el amor a los que nos rodean, a nuestro prójimo.

Igualmente Benedicto XVI nos da respuesta a una pregunta fundamental que nos hacemos a diario acerca de la existencia visible de Dios. ¿Es posible amar a Dios aunque no se le vea?

Efectivamente nadie ha visto a Dios jamás, y si es así ¿cómo podemos amarlo?. El amor no se puede imponer, porque es, a fin de cuentas, un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la propia voluntad.

Cuando repetimos, a veces también casi rutinariamente, la frase “amo a Dios por encima de todas las cosas” y a la vez aborrecemos al hermano, estamos también cayendo en una contradicción o tal vez en una falsedad, pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Así lo dice el evangelista Juan.

1. Primera carta de Juan, 1:8

De esta forma estamos subrayando el paralelismo existente entre el amor a Dios y el amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados que la afirmación de amar a Dios es, en realidad, una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. Por tanto el amor al prójimo es un camino para encontrar y amar también a Dios y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Él.

Nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros. No queda fuera de nuestro alcance, Dios nos ha amado primero, dice la carta de Juan, y ese amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues envió al mundo a su Hijo único: *“Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él, no muera, sino que tenga vida eterna”*

Y ese eres Tú, el que hoy se nos muestra muerto y maltrecho entre nosotros. Eres tú, **Cristo de la Caridad**, y son tantas y tantas imágenes de Tú presencia, de tu historia entre nosotros como veremos en estos días procesionar por nuestras calles;..... desde Tu entrada triunfante en Jerusalén, hasta este traslado al humilde sepulcro. Ahí, en esa historia de hace dos mil años que actualizamos diariamente en la Eucaristía, es donde se hace visiblemente palpable el amor de Dios al hombre hasta el fin de los días.

Por medio de Jesús, por medio de Ti, podemos ver al Padre. Pero Tú, Jesús, también te manifiestas en nuestras vidas en el prójimo, en nuestro prójimo, en nuestros hermanos que pasan por nuestras calles, que se entrecruzan en nuestros caminos y a quienes en ocasiones ni siquiera nos dignamos pararnos para verles, para escucharles, para descubrirles. Si no amamos a nuestro prójimo difícilmente podremos amar a Dios y cuanto menos a Dios por encima de todas las cosas. Hemos de aprender a mirar a ese otro que se cruza en nuestro camino con los ojos que Dios quiere que le miremos. Con los ojos del amor infinito. Es en esto donde se manifiesta la imprescindible interacción entre amar a Dios y amar al prójimo

Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser solo piadoso y cumplir con mis deberes religiosos, se marchitará también la relación con Dios. Será un amor, pero hueco y vacío de esencia.

Por ello, sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios.

Es tu imagen, tu dolorida imagen, y no otra, la que me hace sentir la necesidad de ese amor al prójimo como el eje fundamental de todo cristiano. Ese amor, **Señor de la Caridad**, al prójimo que hoy se nos revela ante Ti, resume precisamente uno de los ejes más fundamentales del cristianismo: la Caridad, el Amor al prójimo para llegar así a amar a Dios.

- **SEGUNDO ENCUENTRO**

- *Una sábana en la oscuridad*

Señor de la Caridad, te sentimos muy próximo al lado de los que necesitan de tu caridad. Hay tantos momentos de sentirte y de tenerte tan cerca...

Pero ninguno como aquel, el de aquel año que, gracias a la generosidad de los hermanos de tu hermandad, me permitieron sentir tu carne más cerca, la anatomía de tu cuerpo roto junto a mí, al asistir al traslado de tu cuerpo al paso, para entronizarte en una de las estampas más impresionantes que pueda presentarse en nuestra Cuaresma.

En una plataforma, como en una atalaya delante del paso, permanecí durante unos minutos viendo ese cortejo único que formaron los hermanos al trasladar tu cuerpo muerto. Cortejo fúnebre que me hizo pensar que estaba asistiendo verdaderamente al traslado de tu cuerpo al sepulcro.

En la oscuridad de la Iglesia, percibo tu proximidad. Una sábana blanca resplandece en la penumbra. Y sobre ella, resplandece aún más tu Caridad. Tu Vida. No Tu muerte.

Manos que te llevaban con la delicadeza y el amor, como sólo nosotros sabemos trasladar a nuestras imágenes, y Tú, sumergido en el paño más blanco que jamás haya visto. Un delicado sudario que se adaptaba a todas y cada una de las curvas de Tu sagrada anatomía.

Me impresionaron... la blancura del sudario, un blanco que parecía iluminarse conforme se aproximaba al paso y la tiniebla de un templo oscuro, abarrotado, silente y participativo, que no asistían a un acto más de los que se suceden en estas fechas cuaresmales. Se palpaba en el ambiente el sentir y el compartir de todos los asistentes ante aquel traslado que sin duda representaba el final de un Dios que habitó entre nosotros.

Llegaste a mí. Estabas en mí.

Me sentí un José de Arimatea esperando que llegara el cuerpo muerto del Maestro, preparado para ser amortajado. Alzaron Tu cuerpo hasta quedar cercano a mis brazos. Te tomé en ellos, dispuesto a ser uno de los que depositara tu dolorida carne en el sepulcro.

Al cogerte, sentí un gran peso, el peso de tener entre mis manos al mismo Jesús, y la responsabilidad de sentir entre mis brazos a una Imagen depositaria de tanta devoción.

Oíd como nos Habla, el **Dios de la Caridad** en la penumbra de esta Iglesia, mientras le trasladamos hasta el paso.

Prestad atención a las proclamas del Señor.

Escuchad la voz que dulcifica y da sentido a nuestras vidas.

Rebuscad en este rostro maltratado del **Dios de la Caridad** el motivo de nuestra presencia en el mundo;

Mirad a vuestro alrededor y ved cómo se funden los sentimientos y las emociones.

En ese instante en el que te trasladamos al sepulcro, creemos que permanecemos en soledad y que es el vacío y el silencio el que nos rodea. Pero no, porque frente al **Cristo de la Caridad**, estamos ungidos por los susurros del Todopoderoso, para que sea la Caridad de Cristo aquella que nos impulse.

El **Señor de la Caridad** nos inunda de amor desde su sábana blanca, que resplandece en la oscuridad de la Iglesia.

Ved y oíd. Percibid la alegría de su fuerte voz recorriendo las naves del Templo y cómo nos impulsa a la Caridad, a desprendernos de los miedos, cuando contemplamos, en su sábana, nuestros propios miedos.

Ved y oíd cómo nos está invitando a llevar la caridad donde la vida se truculenta con la injusticia, donde el hombre destruye al hombre y lo encadena. Porque Dios, en su infinita misericordia, no se cansa nunca de perdonar, de amar a sus hijos, de abrirnos sus manos para que podamos descansar en su pecho.

Y nosotros seguimos sin ver, o querer ver en el prójimo, al verdadero **Cristo de la Caridad** que cada día está a nuestro lado, en las calles. Al que sufre la soledad, la pobreza de cuerpo y alma, la ingratitud, el desprecio. Ved en ellos al verdadero rostro de Cristo.

El **Cristo de la Caridad** es un cristiano más de los perseguidos hoy de este mundo: de los que no nacen; de los que luchan por salir de una enfermedad; de los que ven pasar los días en la más absoluta soledad, de los vestidos de color naranja en Oriente Próximo, tremendo drama el que viven nuestros hermanos Coptos, y que sinceramente nos hace pensar, **Cristo de la Caridad** que tu **Pasión Continúa**

Hoy somos espectadores pasivos ante todas estas muertes, sin que nadie haga ni diga nada. Como también lo fueron en Tu sepelio, en el que pocos te acompañaron. Mirad a vuestro paso, a vuestro misterio. También, hace veinte siglos, muchos de los que te seguían, miraron para otro lado. Fueron espectadores pasivos de su muerte, aún sabiéndola injusta.

Aquella lejana noche, desde aquella atalaya, mientras descubría la luz de tu sábana blanca, mis manos rozaron tus manos y tomaron tu cuerpo, para dejarte a quienes te llevarían camino del sepulcro. Pero con tu mensaje de vida grabado en mi alma, seguro que tu carne inerte sería, a los tres días como estaba escrito y prometido, Cuerpo Vivo de amor de Dios a los hombres y Resurrección eterna.

- ***Quiero quedarme contigo***

Contigo me he de quedar. Contigo me he de quedar para siempre, **Cristo de la Caridad**. Y que mi voz te proclame a los cuatro puntos cardinales del Universo, reconociendo en Ti que eres Jesús de Nazaret, aquel que perdona y nunca condena; que exime de los pecados a quienes manifiestan y difunden, con rotundidad y claridad, sin temores ni prejuicios, su Fe, la que recibieron de sus ancestros y que transmiten a otros para expandir toda la bondad que lleva implícito en Tu mensaje.

La fe que, a través de la mano de mi padre, me transmitiste siendo niño: “Mírale”.

No quiero ser pasivo cuando te vea. Quiero seguirte y llevarte, cogiendo la sábana de aquel que veo en la calle y que no es otro que aquel que me muestra tu rostro. Tu rostro de verdad. Quiero saber de ti, preocuparme por el hermano que me necesita.

“¿Acaso soy yo el custodio de mi hermano?”, respondió Caín cuando Dios le preguntó por su hermano Abel. Sí, hemos de ser los custodios de cada uno de nuestros hermanos. Y esto lo tenemos que aprender bien los que formamos parte de nuestras hermandades. No podemos, bajo ningún concepto, limitarnos y conformarnos a entregarles el cirio el día de la cofradía. Hemos de participar en la Estación de Penitencia como si lleváramos el rostro descubierto, sabiendo en cada momento quién es el hermano que nos acompaña. Sepamos de su vida, de sus problemas, de sus soledades, y también de sus alegrías... Profundicemos en la vida de nuestros hermanos, para ser Hermandad todo un año y cofradía sólo un día.

Quisiera, **Señor de la Caridad**, ahora que me encuentro ante Ti, repetir un pensamiento recurrente cada vez que me acerco a tu imagen: quisiera instalarme en las entrañas de quien te modeló. Poseer así los sentimientos de quien talló tu cuerpo.

Ser gubia para dejarme guiar por quien te modeló. Sí, ser gubia para arrancar los trozos de la madera que sobaban y así dar vida a la perfección anatómica de un cuerpo, que expresa abatimiento, amor y muerte.

También, quisiera ser tu autor para, al terminar de tallarte, mantener el diálogo más íntimo mirando al mismo Dios muerto, y así poderte decir...

...muéstrame tu rostro, Señor, expresión de cansancio físico.

...vuélveme Tú mirada, Señor, aunque absorta y perdida.

...háblame con Tu boca entreabierta, Señor, y exhala de nuevo el último suspiro que se perdió en la cruz.

...úneme a Tu cuerpo maltrecho y abatido, a tus llagas señaladas por los golpes y el castigo.

...dame tus manos, Señor, una que horada la tierra como surco de vida, y otra que espera, para asirnos a tu Caridad infinita.

Y déjame, **Señor de la Caridad**, ser la sangre de quien te talló, para convertirla en tu propia sangre.

¡Quiero quedarme a tu lado, **Cristo de la Caridad**!

- **TERCER ENCUENTRO**

- *Conmigo lo hicisteis*

Pero esta imagen de Cristo muerto también se nos manifiesta como un Cristo Vivo.

El **Señor de la Caridad** nos habla cada día, cada hora. Y nos repite aquello que nos dejaron escrito los evangelistas. Pero hoy, en pleno siglo XXI, cuando estamos en la era de las telecomunicaciones, Jesús en su infinita sabiduría nos habla sin palabras. Sólo con obras, con gestos, con situaciones que nos presenta.

En su boca entreabierta, tras haber exhalado el último aire del Calvario, parece que nos vuelve a repetir, ante la pregunta de nuestra oceánica necesidad: *“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí”*.²

Ha llegado el momento de que no le preguntemos nunca más cuándo le vimos así. Porque nos lo pone cada día y cada hora a nuestro lado.

“En verdad os digo que, en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos, a mí lo hicisteis”.³

Este **Jesús de la Caridad** al que veneramos puede soportar y perdonar las humillaciones que le infringieron; la injusticia de su prendimiento; la bofetada ante la verdad absoluta de su reino; el desprecio burlón de Herodes; el abandono perpetrado por sus más cercanos; la negación de su amigo; las risas y la mofa que le hicieron llorar; el dolor de los latigazos y de las espinas; la pesada carga de la cruz y las tres caídas; la crucifixión; la tremenda lanzada... y hasta su misma muerte tan llena de injusticias. **Pero os aseguro** que no soporta nuestro olvido sobre los pobres y marginados, claramente visualizados en el hambriento, el sediento, el desnudo, el forastero, el enfermo y el encarcelado. Porque ese olvido, ese volver la cara para no ver la miseria o la soledad, es también volverle la cara a Él.

2. Mateo, 25: 35-36

3. Mateo, 25:40

Él puede perdonar los dolores creados sobre su mismo cuerpo pero no soportará que no nos apiademos de quien sufre el calvario de la enfermedad; puede perdonar el no probar alimento desde la última cena y hasta las tres de la tarde del día siguiente, pero no soporta que no le demos de comer al que tiene hambre y sed de pan, agua o justicia; puede perdonar que le exponamos al viento y el sol del mediodía hasta morir cruelmente, pero no soporta que no le demos un vaso de agua al desconocido que nos extiende la mano; puede perdonar que le despojemos de sus vestiduras, pero no soporta que no le demos el calor del vestido o de la comprensión al pobre en su desnudez de cuerpo o de espíritu; puede perdonar que no lo visitemos en el sagrario, pero no soporta el que no visitemos al ser humano encarcelado en la soledad, en la depresión, en la tristeza

¡Cuánta razón tenía la madre Teresa de Calcuta cuando decía: *“La mayor de las enfermedades de hoy no es ni la lepra ni la tuberculosis, sino más bien el sentirse indeseado, descuidado y abandonado por todos. El peor de los males es la falta de amor y la ausencia de caridad, la horrible indiferencia humana hacia el prójimo”*.⁴

Ábrenos los ojos, **Señor de la Caridad**, para que podamos ver a los tuyos, a los que nos necesitan, porque siempre serán parte de cada una de las llagas de tu cuerpo.

• **La Caridad**

El Catecismo de la Iglesia Católica señala la importancia vital de la caridad para la vida cristiana. En esta virtud se encuentran la esencia y el núcleo del cristianismo, es el centro de la predicación de Cristo y es el mandato más importante.

¿Qué es, pues, la caridad?. La caridad es más que el amor. El amor es natural. La caridad es poseer en nosotros el amor de Dios. Es amar como Dios ama, con su intensidad y con sus características. La caridad es amar como Dios, no con la perfección que Él lo hace, pero sí con el estilo que Él tiene.

El Papa Francisco, precisamente celebrando la Santa Misa en la casa de Santa Marta, nos ha dejado hace muy poco tiempo la siguiente reflexión:

*“La gente siente necesidad ante el testimonio de la caridad, de esa caridad humilde, sin prepotencia, no autosuficiente, humilde, que adora y sirve. La caridad es simple: ¡adorar a Dios y servir a los demás!”*⁵

El **Señor de la Caridad** es nuestro ejemplo. Es el plan de Dios para los hombres. El Padre entregó a su propio hijo para redimir al mundo. Su imagen, aquí ante nosotros postrado entre unas sábanas, despojado de todo lujo, con el cuerpo inerte tras el brutal castigo sufrido, es la mayor prueba de amor de Dios a los hombres.

4. Beata Teresa de Calcuta

5. S.S. Francisco I. Jorge Mario Bergoglio

La caridad no solamente es dar dinero a los necesitados, sino algo mucho más que eso. No es dar, sino darse por entero, sin esperar nada a cambio.

No nos conformemos con un donativo que acalle nuestra conciencia. Detrás de ese donativo debe haber una implicación en la causa que se presenta ante nosotros.

Involucremos a nuestros hermanos en una verdadera caridad, con personas implicadas con los más necesitados, algo que yo no supe o no pude hacer en mi paso por el Consejo, pero que sigo pensando que es la única forma, la más auténtica para ejercer la caridad.

Vayamos físicamente a los que demandan nuestra presencia: el hambriento, el sediento, el desnudo, el forastero, el enfermo, el encarcelado.

Esa es la verdadera caridad.

La caridad tampoco es combatir sólo la pobreza material, sino también la soledad, el desánimo, la tristeza. Si todos paráramos un minuto, un instante por día, y dejáramos nuestros intereses personales a un lado para hacer un bien a otra persona, estaríamos contribuyendo para que este mundo tan competitivo sea un poco más solidario.

Teresa de Calcuta, así lo dejó dicho: *“Nunca dejemos que alguien se acerque a nosotros y no se vaya mejor y más feliz. Lo más importante no es lo que damos, sino el amor que ponemos al dar”*.⁶

Y si aún nos queda alguna duda, acercaros aquí cerca, al convento de Santa Ángela de la Cruz, para contemplar la verdadera caridad, el amor al prójimo hasta el límite del dolor. Sor Ángela establece un puente desde los ricos y poderosos a los pobres y necesitados. Su tarea, la que emprendió y hoy perdura, es la caridad: **pide en nombre de Cristo y da en nombre de Cristo**. El ejemplo de las hermanitas es una prueba permanente de la caridad que no pasa nunca.

• FINAL. LAS MANOS DE JESÚS

He de terminar, y he de hacerlo confiando en el encuentro, en ese encuentro que tendré en un lugar cualquiera. El encuentro con las manos de vuestro **Señor de la Caridad**, que no es otro que el reencuentro con las manos de mi padre.

Unas manos, las tuyas, **Señor de la Caridad**, en las que he creído siempre como el sustento de este mundo. Una mano que es surco en el suelo, y la otra suspendida como asidero de los que busquen la caridad.

6. Beata Teresa de Calcuta

Tus manos, las manos del esfuerzo, de la superación, de la valentía, del amor a toda la humanidad. La mano de la solidaridad a toda costa por el hombre y la mano que vence el pecado. Las manos del triunfo de la vida sobre la muerte.

Las manos de un carpintero que serán Pan de vida y Sangre vivificadora de la fe.

Las manos de Jesús. Manos que extendieron los rollos de las Escrituras en la Sinagoga, cuando Él estaba en las cosas de Su Padre. Manos que no dejaron a los novios de Caná sin vino, que multiplicaron panes y peces, que acariciaron a niños y leprosos, que curaron a ciegos y paralíticos, que resucitaron a Lázaro. Las manos del **Dios de la Caridad**, que expulsaron a los mercaderes del templo porque era un lugar sagrado y no una cueva de ladrones.

Son tus manos, Señor, las que levantaron del suelo a la mujer pecadora admitiéndole su perfume. Las manos que lavaron los pies de Tus discípulos, la misma noche en la que ya estaba consumada Tu muerte.

Las manos que sudaron sangre en Getsemaní y que envainaron la espada de Pedro. Manos atadas como las de un Reo, que sostuvieron una caña como un cetro. Que cargaron con la cruz y fueron traspasadas por los clavos. Manos cruzando el pecho, envueltas por un sudario.

Las manos que saldrán de la tumba anunciando "*Yo soy la Resurrección y la Vida*".

He de buscarte, **Señor de la Caridad**, el próximo Lunes Santo, en cualquier rincón o esquina

He de unirme de nuevo a tus manos y recibir tu mensaje de vida eterna.

He de fortalecer el amor a tu Padre a través de tu nombre, practicando la Caridad con los que tengo a mi lado.

Amor a Dios a través de los demás. Caridad al prójimo para llegar a Dios.

"Mírale", me dijo mi padre.

Dame, Señor, la fuerza de tus manos para ser anuncio de tu muerte, el gozo de tu resurrección y la sabiduría sembradora de tu enseñanza, en los surcos que marca en el árido suelo tu dedo extendido, germinado de Caridad eterna.

"Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven, Señor, Jesús".⁸

Que así sea.

Sevilla, marzo de 2015

7. Juan, 11:25

8. Aclamación en la Santa Misa tras la consagración